

• • • Isaías 64 • • •

UNA SÚPLICA A DIOS EN ORACIÓN

El pueblo de Dios anhelaba Su presencia y Su misericordia. Pese a que le habían sido infieles, deseaban que Él les fuera fiel en el cuidado de ellos. Por lo tanto, Isaías oró para que el Señor no abandonara a Judá. Confesó el pecado del pueblo y pidió perdón, reconociendo que Dios tenía el control.

«SEÑOR, DESCIENDA»:

UN PEDIDO SUPPLICANDO SU PRESENCIA (64.1-4)

El profeta expresó su profundo deseo para que el Señor mostrara Su presencia por medio de actos asombrosos tales como los que acompañaron Su aparición a Moisés en el Monte Sinaí (Éxodo 20.16, 18; 24.16-17). Las manifestaciones de Dios eran únicas. Ninguna otra nación podía alardear de servirle a una Divinidad tan laboriosa y maravillosa.

¹Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes, ²como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos, y las naciones temblasen a tu presencia! ³Cuando, haciendo cosas terribles cuales nunca esperábamos, descendiste, fluyeron los montes delante de ti. ⁴Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera.

En realidad, el versículo 1 es el último versículo del capítulo 63 en la Biblia hebrea. J. Alec Motyer señaló que la partícula *lu'*, que da inicio al versículo, requiere de una referencia pasada que se leería: «Oh, si hubieras...».¹ Isaías estaba hablando de nuevo de la pasada trágica experiencia de Israel, la cual

hubiera sido muy diferente «si tan solo» el pueblo hubiera obedecido a Dios (48.18). La «presencia» del Señor había estado ahí todo el tiempo; eran ellos los que, en su rebeldía, se habían separado de Él. (Vea 59.1-2.)

La presencia del Señor es comparada con un fuego abrasador (vers.º 2), una figura usada frecuentemente en Isaías. Esta imagen podría representar la protección de Dios o Su juicio.²

Dirigiéndose al Señor, Isaías se refirió a los tiempos cuando Él hizo «cosas terribles cuales nunca esperábamos» (vers.º 3). La referencia es a los portentosos actos de Dios en el Éxodo. El Monte Sinaí «se estremecía en gran manera» cuando el Señor llamó a Moisés para recibir la Ley (Éxodo 19.18). El pueblo añoraba ser testigo de actos similares a su favor de parte Dios. «... nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti», dijo el profeta (vers.º 4a). «Ni la historia [...] ni revelación [...] ni percepción alguna [...] han sacado a la luz algún otro Dios».³ No hay Dios más que el verdadero Dios, «... que hiciese [actúa] por el que en él espera» (vers.º 4b). «Esperar» en el Señor implica el tipo de confianza que nos permite comprometernos con Dios de por vida.⁴ Consiste en estar satisfecho con «la agenda de Dios» en lugar de la nuestra.

«SEÑOR, HEMOS PECADO»:

LA CONFESIÓN DE SUS PECADOS (64.5-7)

⁵Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia, de los que se acordaban de ti en tus caminos; he aquí, tú te enojaste porque pecamos; en los pecados hemos perseverado por largo

¹J. Alec Motyer, *The Prophecy of Isaiah: An Introduction & Commentary* (La profecía de Isaías: Introducción y comentario) (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1993), 518.

²Vea Isaías 4.5; 9.19; 10.16; 30.27, 30; 33.11.

³Motyer, 519.

⁴Génesis 49.18; Salmos 25.5, 21; 27.14; 37.7.

tiempo; ¿podremos acaso ser salvos? ⁶Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento. ⁷Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades.

Los versículos 5 al 7 hablan de lo que se requiere para una comunión con Dios. Isaías dijo: «Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia, de los que se acordaban de ti en tus caminos» (vers.º 5). La presencia de Dios es experimentada por los que hacen Su voluntad. Mientras que los discípulos fieles se regocijaban en su andar con Dios y siguiendo Sus mandatos, la mayoría de Israel sufría deterioro debido al pecado en contra de Él. «Si bien todos nosotros somos como suciedad» (vers.º 6a), se lamentaba el profeta. La palabra «suciedad» (סִפָּף, *tame'*) se consigna en otras versiones como «inmundo», y este era el grito del leproso al caminar por las calles (Levítico 13.45). Era considerado no apto para tener convivencia en la comunidad de adoradores.

Isaías continuó diciendo: «todas nuestras justicias [son], como trapo de inmundicia» (vers.º 6b). De acuerdo al término hebreo en esta frase, aun las mejores obras de las personas culpables son como un trapo que ha sido manchado con sangre de la menstruación de una mujer. Bajo el escrutinio de Dios, «caíamos» como la hoja muerta «y nuestras maldades nos llevaron como viento» (vers.º 6c).

Al reflexionar acerca de su rebelde nación, Isaías confesó diciendo: «Nadie hay que invoque tu nombre». La separación de Judá del Señor se completó. Los pecados del pueblo los habían separado de Él. Isaías aclaró que la culpa no yacía en Dios, diciendo: «... vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (59.1–2).

«SEÑOR: HE AQUÍ TU PUEBLO»: UN CLAMOR PIDIÉNDOLE SU MISERICORDIA (64.8–12)

⁸Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros. ⁹No te enojés sobremanera, Jehová, ni tengas perpetua memoria de la iniquidad; he aquí, mira ahora, pueblo tuyo somos todos nosotros. ¹⁰Tus santas ciudades están desiertas, Sion es un desierto, Jerusalén una soledad. ¹¹La casa de nuestro san-

tuario y de nuestra gloria, en la cual te alabaron nuestros padres, fue consumida al fuego; y todas nuestras cosas preciosas han sido destruidas. ¹²¿Te estarás quieto, oh Jehová, sobre estas cosas? ¿Callarás, y nos afligirás sobremanera?

En este texto, no se alega ninguna justicia o merito personal. Por el contrario, encontramos un pedido humilde a Dios como el «padre» que engendrará al pueblo (vers.º 8). También se le compara con un alfarero que los podía moldear en lo que Él deseara que fueran. (Esta misma imagen es vista en Jeremías 18.1–6.)

DIOS Y EL FUEGO

En Isaías, se dice que la presencia del Señor es un fuego abrasador, y Su ira está asociada con llamas y humo (vea 4.5; 9.19; 10.16; 30.27, 30; 33.11). Una vez más, en 64.1, 2, el fuego representa Su presencia.

Al final del versículo 9 se presenta un pedido urgente. Una traducción literal dice: «... he aquí, mira ahora, nosotros oramos, tu pueblo, todos nosotros». Esta es una confesión maravillosa.

La devastación causada por los enemigos de Israel en la tierra y en el Monte Sion, en Jerusalén, es narrada vívidamente una vez más (vers.º 10). El «desierto» y la «soledad» sería todo lo que quedaría. Isaías dijo: «La casa de nuestro santuario y de nuestra gloria [...] fue consumida al fuego» (vers.º 11). Muchos comentaristas ven esta declaración como evidencia de que Isaías no escribió esta porción de las Escrituras. No obstante, como profeta inspirado que era, podía describir los eventos venideros como que si ya hubiesen sucedido.⁵ Ciertamente, la destrucción que normalmente era causada por los ejércitos invasores, particularmente por los asirios, no dejaba duda de que las ciudades capturadas serían completamente destruidas.

⁵Los gramáticos hebreos llaman a esto «el perfecto profético», es decir: un evento futuro que se describe como un suceso terminado. Se presenta un análisis acerca del perfecto profético en J. Wash Watts, *A Survey of Syntax in the Hebrew Old Testament (Estudio de sintaxis en el Antiguo Testamento hebreo)*, (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 40–43. Kyle M. Yates lo llamó el «perfecto de la profecía». Este «perfecto» presenta vívida y audazmente una confianza que el hablante tiene en el cumplimiento certero del anuncio. (Kyle M. Yates, *The Essentials of Biblical Hebrew (Fundamentos del hebreo de la Biblia)*, edic. rev. John Joseph Owens [New York: Harper & Brothers, 1954], 134.)

De cara al evento que se aproximaba, Isaías le preguntó al Señor: «¿Te estarás quieto, oh Jehová, sobre estas cosas?». El verbo hebreo para «estarás quieto» es el mismo de 63.15, donde leemos: «¿... la conmoción de tus entrañas y tus piedades para conmigo? ¿Se han estrechado?». Este es un clamor de parte de un pueblo en dificultades pidiendo ayuda.

PREDICACIÓN DEL TEXTO

PARA LOS QUE ESPERAN (Capítulo 64)

Isaías 64.5 es difícil de traducir, y diferentes interpretaciones han salido a relucir. No obstante, la idea de la primera parte del versículo parece evidente, así se lee: «Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia, de los que se acordaban de ti en tus caminos» (vers.º 5a). En el versículo 4c, a Dios se le describe como el Dios «que [hace] por el que en él espera». Cuando ponemos esas dos ideas juntas, tenemos un resumen conciso de la teología acerca del esperar en Dios. Considere la dinámica de esta relación.

Andar con Dios implica esperar en Dios. El capítulo 64 comienza con un pedido para que Dios actúe, diciendo: «Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes» (vers.º 1). El pueblo de Dios no había visto Su portentosa mano por algún tiempo. Añoraban verla de nuevo. Su situación espiritual los había colocado en una posición de espera para que Dios actuara.

Debemos recordar que Dios se mueve dentro de su agenda y propósitos propios. Jamás pasaría por alto alguna de Sus promesas o traicionaría la confianza puesta en Él, más bien, ejecuta Sus maravillas dentro del ámbito de Su justicia, plan, voluntad y amor.

El actuar de Dios es a menudo limitado por los pecados de Su pueblo. Tal fue el caso en la situación que se describe en el presente capítulo. Dios había sido olvidado por Su pueblo, y la rebelión de estos le impedía a Él mostrar Su gran poder a favor de ellos. El pueblo necesitaba reconocer lo siguiente: «... todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento» (vers.º 6). Con una generalización radical, Isaías dijo que Judá estaba espiritualmente muerta, así leemos: «Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti» (vers.º 7a).

¿Quién, entonces, podría sorprenderse del hecho

de que Dios no había actuado? Su justicia le impedía mostrar Su poder a Su pueblo infiel.

El tiempo de espera en el Señor debería ser utilizado en arrepentimiento y en mostrar justicia. Mire de nuevo la primera parte del versículo 5, donde dice: «Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia, de los que se acordaban de ti en tus caminos». De hecho, todo el capítulo proyecta el espíritu de confesión y de contrición. El autor dijo: «... por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades» (vers.º 7b). Continuó diciendo: «No te enojés sobremanera, Jehová, ni tengas perpetua memoria de la iniquidad» (vers.º 9a).

UNA VERDAD INVALUABLE

Dios escucha los clamores de Su pueblo
pidiendo misericordia (64.8–9).

Dios tiene Sus razones para esperar. Nosotros, Sus confiados hijos, no debemos tratar de cuestionarlo. Mientras esperamos, podemos involucrarnos en una formación y reforma espiritual. Dios siempre ve con buenos ojos la renovación de Su pueblo.

Ciertamente, a Su propio tiempo y manera, Dios actuará. Los que esperan en el Señor no esperarán en vano. Puede que el presente capítulo gire alrededor de una gran tragedia, tal vez, la caída de Jerusalén; no se nos dice. El escritor sí dijo: «La casa de nuestro santuario y de nuestra gloria, en la cual te alabaron nuestros padres, fue consumida al fuego; y todas nuestras cosas preciosas han sido destruidas» (vers.º 11). Este pueblo había contemplado el desastre mientras venía sobre ellos. «¿Se olvidará Dios de nosotros?», se preguntaron. La respuesta es un rotundo «¡Ciertamente, no!».

Dios ha hecho promesas, y las cumplirá. Su fidelidad constituye la única certeza que conocemos. Los que esperan en Él, entienden que si Dios actuará o no, es una pregunta retórica. Él actuará; eventualmente, en el momento más adecuado según Su voluntad, en el momento que está en armonía con Su justicia, entonces actuará.

¿Entonces, cómo esperamos en Dios? Esperamos en Él, confiando en Su bondad y fidelidad. Hacemos uso del tiempo de espera creciendo en Su justicia. Este crecimiento implica la confesión de nuestros pecados personales y los pecados de nuestra nación. Esperamos en la incommovible creencia de que Él actuará, sabiendo que el tiempo está todo en Sus manos. Nosotros somos el barro, Él es el alfarero. Oramos diciendo: «Oh, si rompieras los cielos, y

descendieras», sin embargo, esperamos la respuesta a nuestras oraciones con el conocimiento de que Él responde a los que se regocijan en hacer justicia y se acuerdan de Sus caminos.

Eddie Cloer

ILUSTRACIÓN DEL TEXTO

LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO (63.18; 64.11)

Isaías 63.18 contiene una referencia a la destrucción del templo: «Por poco tiempo lo poseyó tu santo pueblo; nuestros enemigos han hollado tu santuario». En 64.11 se hace una declaración similar que dice: «La casa de nuestro santuario y de nuestra gloria, en la cual te alabaron nuestros padres, fue consumida al fuego; y todas nuestras cosas preciosas han sido destruidas».

UNA ORACIÓN (64.8–12)

En el capítulo 64, se presenta la imagen del Señor como un alfarero y al pueblo como Su barro. «Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros» (vers.º 8). Las palabras del cántico «Have Thine Own Way (Hazlo a tu manera)» se basan en 64.8–12, y dicen:

¡Hazlo a tu manera Señor!
¡Hazlo a tu manera!
Tú eres el alfarero,
Yo soy el barro.
Moldéame y fórmame
Según tu voluntad,
Mientras espero,
Sumiso y quieto⁶

⁶ Adelaide Pollard, «Have Thine Own Way» *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y esperanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

El versículo 9 dice: «he aquí, mira ahora, pueblo tuyo somos todos nosotros». Sobre este fundamento, el pueblo le pidió a Dios que dejara el enojo, o que no les inculpara de pecado. Su súplica, u oración, era para que Dios se volviera y los bendijera.

Neale Pryor

EL SIERVO DE JEHOVA

Mateo 12.18 dice: «He aquí mi siervo, a quien he escogido». ¡Jesús es el Siervo profetizado! Isaías lo había descrito. Jehová lo había escogido. Todos los caminos de Dios le eran conocidos desde el principio. Usted puede escuchar el eco de su voz decir: «Me complace hacer tu voluntad, oh mi Dios». Nada era demasiado grande que no pudiera hacer, ya que Él era el Creador, y no había nada demasiado difícil para Él, pues tenía todo el poder. Nada era demasiado pequeño que no pudiera realizar, pues se rebajó para notar la pequeñez de una viuda e impartió una gran lección de esa situación. ¡Qué gran privilegio ser unido en yugo con Él en el servicio!

Amado Señor, permítanos trabajar contigo, el «Siervo de Jehová», hoy, y así convertirlo en un buen día para Ti. En el nombre de Jesús, Amén.

Adaptado de *The Wonderful Names Of Our Wonderful Lord*
(Los maravillosos nombres de nuestro maravilloso Señor)

Charles E. Hurlburt y T. C. Horton

EL LAGAR

Isaías 63.1–6 presenta al Señor como un guerrero que ha regresado de vengarse en Edom. La imagen es la de alguien cuyas ropas están manchadas por el pisar de las uvas en el lagar. El Señor solo, sin ayuda, ha aplastado a Edom. La imagen del pisar de uvas en el lagar también se encuentra en Joel 3.13; Lamentaciones 1.15 y Apocalipsis 14.19–20; 19.15.

The Major Prophets (Los profetas mayores)
Jack P. Lewis

Autor: Don Shackelford

©Copyright 2005, 2009, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados